



¡WOW!  
¡¿QUÉ  
VEO?!!

¡POR ZEUS!  
¡QUÉ  
MUJER!

¡GUAU!  
¡ES LA  
CREACION  
PERFECTA!!

LETRAS AL MARGEN

# LA ILUSIÓN DEL LENGUAJE

**EDUARDO ANTONIO PARRA** Los escritores siempre han reflejado en sus obras lo que observan y sienten, los sucesos que se llevan a cabo en torno suyo, los significados ocultos tras esos sucesos y, de una u otra manera, su interpretación de ellos. Dicho de otro modo, han intentado trasladar a la escritura la realidad que los envuelve y tratan de entender.

A lo largo de los siglos, nadie puso en duda los resultados de este empeño. En la antigüedad, por ejemplo, se daba por sentado que la lírica era un retrato de los sentimientos y sensaciones íntimas del poeta; la épica, un recuento fiel de hechos históricos, si bien expresado con un lenguaje peculiar, artístico; y el drama, más allá de actores y coros, versos medidos y figuras retóricas, la representación de escenas reales sucedidas poco o mucho tiempo atrás. Si Homero hablaba de dioses resolviendo disputas en los campos de batalla, se debía a que estaba convencido de que los sucesos que narraba habían sido tan reales como sus palabras. Si Eurípides concebía héroes torturados por el

destino, era porque para sus contemporáneos la fuerza del destino tenía tanta influencia como para nosotros ahora los vaivenes de la política nacional. Nadie se cuestionaba si la literatura podía o no englobar la realidad. Era un hecho.

Sólo hasta un par de milenios más tarde, cuando la narrativa adquiriría cierta madurez, apareció entre los escritores la primera sospecha de que las letras eran incapaces de cumplir este propósito. Según la perspectiva, la realidad —siempre engañosa— estaba por encima o por debajo de la escritura: para unos, al ser artificio generado por la imaginación, la literatura era superior a la triste y gris vida de los hombres; para otros, la riqueza del mundo nunca sería

capturada por el lenguaje. Iniciada tal discusión, ya nadie pudo negar que una frontera cada vez más alta se erguía entre realidad y literatura.

Nunca como durante el siglo XX la cuestión fue abordada con tanto ahínco, al grado de ensombrecer la obra de los narradores considerados “realistas”. ¿Es posible narrar la realidad? No. Eso ya se ha comprobado muchas veces. Críticos, estudiosos y escritores han decretado que ese muro intangible que se levanta entre los hechos y las palabras resulta insalvable. Literatura y realidad son dos cosas, más que distintas, irreconciliables. Esto no significa que los escritores debamos optar, a fuerza, por lo fantástico, el intimismo, la hipérbole, el abstraccionismo o

el simple registro de impresiones interiores —que, por otro lado, son también reflejo un tanto distorsionado del mundo palpable—, sino idear estrategias para transformar esa realidad concreta de modo que podamos “trasmitirla” a los lectores en su totalidad, creando en ellos la *ilusión* de que, mientras leen, realmente la experimentan, la viven.

Uso la palabra *ilusión*, porque estoy convencido de que la narrativa no es más que un acto de *ilusionismo* cuyo resultado depende de la habilidad y el talento de quien la escribe. Ilusionismo, prestidigitación, hipnotismo, fascinación, en fin, magia. Para abolir esa frontera que separa ámbitos distintos e irreconciliables es para lo que un escritor explora las técnicas, estrategias, recursos narrativos, modos y maneras. Para hacer que el lector experimente en carne propia una realidad inventada y la crea más veraz incluso que aquella en la que vive. Para llevarlo al centro mismo del libro, insuflar en él la creencia de que es uno más de los personajes, sufre y goza con ellos y comparte sus triunfos y derrotas. Para eso el narrador ha de conocer el lenguaje, sus ritmos y melodías, y la respiración particular de sus colegas contemporáneos y pretéritos. Y para lograrlo es preciso, también, que el escritor crea, con toda su fe, que lo que cuenta no es menos real que lo que puede tocar, oler, mirar, escuchar y gustar fuera de la página; que la suerte de

cualquiera de sus personajes es una posibilidad entre las tantas que a él, el creador, puede depararle el destino; que los recuerdos de sus personajes pueden confundirse con sus propios recuerdos, y que las expectativas que él, al momento de escribir, plantea dentro del relato, no son sino las que prevé en su propio futuro. Tal como Eurípides creía en la fuerza del destino, quien pretende ser un escritor realista debe convencerse, aun antes de tomar la pluma, de que lo que va a narrar ya sucedió, sucede, o bien ocurrirá en el instante menos pensado, en cualquier parte del mundo.

¿Hay otra manera de intentar narrar la realidad? Lo dudo. Aunque existen muchas técnicas que sirven para reforzar esa sensación. Desde que Martín Luis Guzmán inauguró en México la novela sin ficción con *El águila y la serpiente*, varias décadas antes de que Capote fuera reconocido mundialmente como su creador con *A sangre fría*, muchos escritores han experimentado con diversas formas para derribar la frontera entre realidad y narrativa. Algunos, siguiendo los pasos de estos maestros, han disfrazado sus ficciones de crónicas periodísticas, puesto que los lectores siempre identifican el periodismo como algo veraz. Otros han desmontado las estructuras tradicionales o clásicas, reduciéndolas a su mínima expresión, buscando inyectar en el lector esa sensación de multiplicidad simultánea que tantas

semejanzas guarda con la vida en las ciudades modernas. Otros más se confían a la fuerza del lenguaje que trata de imitar las secuencias inagotables del pensamiento.

Nuevas técnicas, estructuras, modos y estilos para intentar derribar la frontera entre realidad y literatura seguirán apareciendo con los años y los libros y las corrientes emergentes. Algunas perdurarán y seguramente otras, la mayoría, serán dejadas a un lado. Sin embargo, lo que no debemos olvidar quienes nos dedicamos a escribir y a leer, es que la clave más importante siempre estará en la construcción de esa ilusión de la que hablábamos, en el ilusionismo, en la hipnosis y en el intento de seducir a los lectores para que crean con toda su fe y sientan con todos sus sentidos que realmente están dentro del relato, que viven la vida de los personajes y que habitan, un poco alejados de su propio mundo, ese universo alternativo que se abre ante ellos en las páginas de un libro.

Para conseguir un resultado como éste, el lenguaje debe forzarse, desdoblarse y convertirse en materia de prestidigitación, hasta alcanzar una función de la que no nos han hablado los lingüistas. Es cierto, pocos escritores lo logran, pero con ellos es suficiente para estar seguros de que ese muro, esa frontera que existe entre la realidad y la literatura, es susceptible de venirse abajo una y otra vez. ☞

**USO LA PALABRA *ILUSIÓN*, PORQUE ESTOY CONVENCIDO DE QUE LA NARRATIVA NO ES MÁS QUE UN ACTO DE *ILUSIONISMO* CUYO RESULTADO DEPENDE DE LA HABILIDAD Y EL TALENTO DE QUIEN LA ESCRIBE**